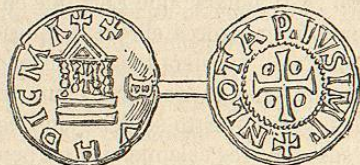


año 833 presentáronse á Lotario, en Aquisgran, emisarios de Luis de Baviera pidiendo que se tratara mejor al anciano padre, que se encontraba preso en la misma capital. No habiendo conseguido nada, reprodujose la peticion al poco tiempo. Pero esta, como las súplicas de Luis de Baviera en persona, que á mediados de noviembre se avistó con Lotario en Francfort para repetir sus instancias, se estrellaron ante la tenacidad del hermano. Luis se convenció de que solo por medio de la fuerza podria mejorarse la suerte de su padre. La situacion de Lotario no permitia, sin embargo, á este oponer gran resistencia: habia defraudado las esperanzas que en él podian haberse puesto; en su corte imperial dominaban las parcialidades y las intrigas y sus mas influyentes consejeros estaban en continua lucha intestina; la administracion no habia mejorado; la injusticia y la violencia estaban en su apogeo, y los mismos templos y conventos eran víctimas de la violencia. Lotario no podia contar seguramente con apoyo alguno en la opinion pública.

Ya desde principios del año 834 Luis de Baviera habia podido ponerse en relaciones directas con su padre y simul-



Moneda de Lotario.

Anverso (á la derecha), inscripcion circular: HLOTARIVS IMP.; en el centro hay una cruz con una bola en cada ángulo. Reverso, inscripcion circular: BVRDIGMA; en el centro hay una iglesia.

táneamente habíase aliado con Pepino de Aquitania. En todas partes se agitaban los partidarios del anciano emperador, reuniéndose aquí y allí convenientemente armados, mientras el clero allegado á Ludovico se agitaba de palabra y por escrito en favor suyo. De esta suerte, pronto se encontraron en pié de guerra contra Lotario fuerzas considerables. Desde el Sena, dirigióse Pepino á marchas forzadas hácia Aquisgran; y procedentes del Este se pusieron en camino las tribus alemanas mandadas por el rey Luis. Lotario huyó á Paris, pero el conde Eggihardo cortóle en Haspengau el paso, dejándole sin embargo continuar su camino á instancias del anciano emperador, á quien Lotario llevaba consigo. A pesar de esto, hubiera sido detenido en su marcha si la crecida del Sena no hubiese obligado á Pepino á hacer alto. También el conde Bernardo, que en Borgoña habia reunido á los partidarios del emperador, vió cortado el paso por la crecida de las aguas del Marne. Gracias á todo esto, pudo llegar Lotario felizmente á Saint-Denis. Entonces se entró en negociaciones, proponiéndose á Lotario que entregara á su padre y siguiera en posesion de sus honores y derechos, ó de lo contrario se acudiria á la fuerza de las armas. Lotario contestó evasivamente, diciendo que no era él quien habia destituido á su padre sino aquellos que entonces intercedian en favor suyo, y que la prision que Luis sufría le habia sido impuesta por decision de los obispos; esto no obstante, añadió que estaba dispuesto á entrar en negociaciones. Entretanto habíase aproximado Luis de Baviera con sus tropas francas, y entonces Lotario dió libertad á su padre y el dia 28 de febrero huyó de Saint-Denis y fué á refugiarse en Vienne (Borgoña). El anciano emperador, á quien aconsejaron sus satisfechos partidarios que tomara posesion del poder imperial é hiciera de él uso despótico, dió pruebas, enfrente de estos exaltados, de gran talento y prudencia, apresurándose

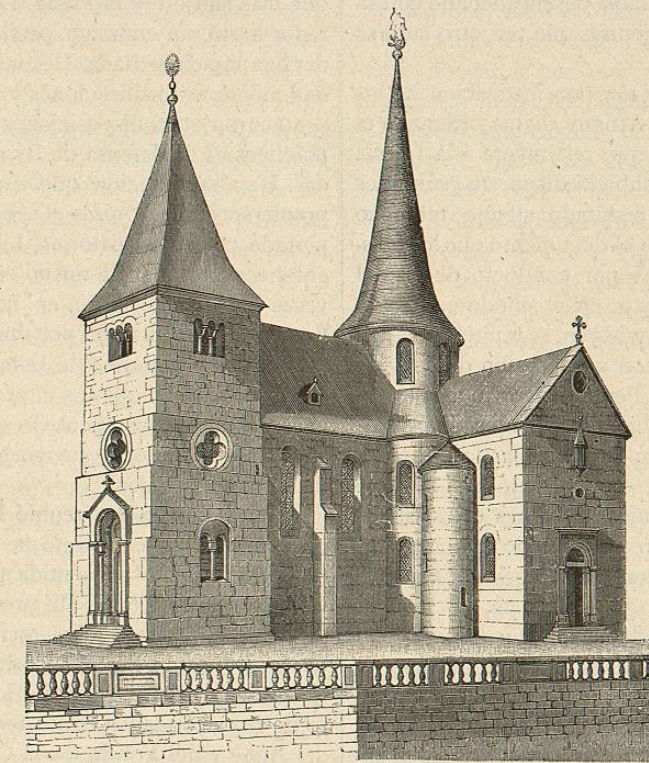
á destruir los efectos del acto expiatorio de Soissons. El dia 1.º de marzo, domingo, en la catedral de Saint-Denis fué de nuevo admitido en la comunidad de la Iglesia, se le puso la armadura de caballero, que no habia de vestir mas, y se le entregaron los otros distintivos de la soberanía. En los documentos de aquella época se titulaba «emperador por la gracia de Dios recuperada.» A mediados de marzo se vió nuevamente rodeado de sus leales partidarios en el palacio de Quierzy; y procediendo entonces con gran prudencia, no quiso en aquella ocasion discutir las cuestiones de la unidad ó division del imperio, de la validez ó nulidad de la ley de sucesion del año 817. Contentóse con recobrar la soberanía y recompensó pródigamente á los hijos que á ello le habian ayudado, á fin de tenerles á su lado en lo sucesivo. A Luis de Baviera se le confirmó en la situacion en que se encontraba desde la jornada de Colmar; Pepino recibió el rico condado de Anjou y Carlos se quedó por de pronto sin nada (1), lo cual se explica por el hecho de no poder ejercer Judith la influencia que en otro tiempo habia ejercido en favor de su hijo. La emperatriz, sin embargo, se hallaba en vias de recuperar el puesto perdido al lado de su esposo. Encerrada en dura cárcel en Tortona, habia sido amenazada de muerte, segun se dice, por los amigos de Lotario, pero un joven atrevido, llamado Rodbern, habia podido llegar felizmente hasta ella y por su medio se estableció una comunicacion con el emperador. La rápida ruina de Lotario dió ánimos á los partidarios del anciano emperador para proceder con energia en Italia; así es que dirigidos por el marqués Bonifacio de Tuscia y el obispo Ratoldo de Verona libertaron á la prisionera y la condujeron al otro lado de los Alpes; y cuando Ludovico Pio, protegido por Luis de Baviera, se trasladó desde Quierzy á Aquisgran, pudo saludar á la libertada llamándola «querido regalo.»

Entretanto proseguia la guerra contra Lotario. Los imperiales, conducidos por el conde Odon de Orleans, convirtieron las comarcas comprendidas entre el Sena y el Loira en teatro de salvajes horrores. Los partidarios de Lotario, dirigidos por el incansable Manfredo, habian reunido en las fronteras bretonas un ejército que cayendo sobre las indisciplinadas y descuidadas tropas imperiales les infirió una grave derrota, obligándolas á evacuar el país. Entonces avanzó Lotario, que en Borgoña habia conseguido reunir nuevas fuerzas: Chalons-sur-Saone, despues de tres dias de ataque, se vió obligada á rendirse, y fué saqueada y entregada á las llamas. Siguiendo este sistema de lucha, y dejando en pos de sí horrores sin cuento, reunióse Lotario con el ejército de Manfredo en el territorio del Mans, y como por otro lado se aproximaba el anciano emperador con las tropas que en Langres habia reunido, era inminente la batalla decisiva, pues la tentativa de hacer que Lotario depusiera las armas á fuerza de amistosas reconvencciones y de consejos tomados de la Biblia no produjo resultado alguno. En vano procuró Lotario, durante las negociaciones, repetir lo que habia hecho en Lügenfelde, tendiendo á su padre las redes para hacerle caer en la trampa. Frustradas sus esperanzas levantóse de repente una noche é intentó huir hácia el Este, pero Luis le persiguió, le obligó á detenerse en Blois y renovó sus proposiciones de paz, que esta vez fueron aceptadas, mostrándose Lotario y los suyos dispuestos á entregarse á la clemencia del padre. En efecto, poco despues, él y sus cómplices, entre los cuales figuraban en primera fila Hugo de Tours y Manfredo, se arrodillaban delante de Ludovico en

(1) Simson, II, pág. 93 (véase I, pág. 516), dice que el documento de division sin fecha, *Mon. Germ. hist. Leg.*, I, págs. 356-359, fué redactado en Quierzy; no he podido convencerme todavia de la verosimilitud de esta hipótesis.

la tienda imperial, mientras presenciaban de pié y junto á su padre la escena Luis de Baviera y Pepino de Aquitania. Tampoco esta vez tuvo el anciano emperador energía para hacer inofensivo á su hijo traidor por medio de un castigo ejemplar. ¿Qué seguridad podia ofrecer la promesa hecha por un hombre como Lotario, de no volverse á rebelar contra su padre, no prestar auxilio á otros para este objeto, regresar á Italia y renunciar á intervenir en las cuestiones del imperio? Lotario conservó la Italia como reino subordinado comprometiéndose á proteger en lo sucesivo á la Iglesia romana en sus derechos y en sus bienes, y á reparar ante Dios y ante los hombres la injusticia cometida. Igual clemencia se usó con sus cómplices, los cuales conservaron sus

tierras y beneficios: únicamente los mas comprometidos, como Hugo, Manfredo y otros, perdieron, al parecer, sus dominios, viéndose obligados á acompañar á Lotario á Italia, donde este les concedió algunos territorios. Estos hombres, naturalmente, ni se habian convertido, ni siquiera habian sido por intimidacion reducidos á la obediencia, antes por el contrario persistian en sus designios y proyectaban aprovechar la primera ocasion favorable que se les ofreciera para hacer una nueva tentativa contra el anciano emperador. De entre los mismos cómplices eclesiásticos, muchos, sin consideracion alguna á las penas canónicas en que incurrian, abandonaron sus diócesis y sus cargos y huyeron al otro lado de los Alpes. Entre ellos, no faltó naturalmente Wala de



Iglesia de San Miguel en Fulda (Alemania).
Construida bajo los auspicios del abad Eigilo, desde el año 820 hasta el 822.

Corbie. La situacion era, pues, especial, mala é insostenible. Lotario, rodeado de una pomposa y ambiciosa corte, vivia en Italia privado del imperio, aunque en posesion del sello imperial que habia arrebatado á su padre (que representaba un emperador romano con la corona de la victoria), y alejado como peligroso, pues se cortaron los pasos de los Alpes; pero al propio tiempo podia libremente conservar y aumentar su corte por medio de donaciones de bienes, rentas ó privilegios.

En el Norte de los Alpes progresó rápidamente la política de restauracion. Ante todo, se trató de destruir los últimos efectos del acto expiatorio de Soissons, y el clero se prestó á ello con el mismo celo con que antes habia servido á Lotario para anular al emperador. En febrero del año 835 una asamblea de obispos reunida en Diedenhofen hizo de nuevo el reconocimiento del emperador, produciendo cada uno de ellos y todos juntos un documento en que se daba de ello testimonio. Estos documentos fueron leidos el 28 de febrero en la catedral de Metz, despues de lo cual siete obispos presentes dijeron siete oraciones expiatorias en honor del emperador, ciñéndole finalmente la corona que en el altar habia sido colocada. El ceremonial eclesiástico extraor-

dinario por medio del cual se habia declarado á Luis inepto para gobernar fué anulado por otro no menos extraordinario. Triste era el papel que en todo ello representaba el clero: lo que pocos meses antes habia proclamado solemnemente á título de ejecutor de la voluntad de Dios, á la sazón era por él condenado de su puño y letra. La recompensa no se hizo esperar; el que primero la recibió fué Ebo de Reims, primeramente compañero de juventud de Luis, luego uno de los que con mas entusiasmo habian contribuido á su destronamiento y finalmente el porta-estandarte de los obispos que se habian condenado á sí mismos. Amenazado con un proceso eclesiástico, se declaró Ebo indigno del cargo que desempeñaba, del cual fué destituido y conducido luego al monasterio de Fulda, desde donde fué trasladado al convento franco de Fleury, porque el abad de aquel, hombre muy allegado al prelado, le dejaba demasiada libertad. Suerte análoga cupo á los arzobispos de Lyon, Vienne y Narbona.

En la conducta seguida por Luis en medio de las aficciones que sus hijos le causaron, no puede negarse que brillaron ciertas relevantes cualidades: su perseverancia, su tenacidad y su elasticidad propia de un joven, despues de los mas terribles golpes que sobre él descargó la suerte, le per-

mitieron levantarse y recuperar la posición perdida. Pero en cambio estas cualidades nunca le impulsaron a formarse una noción práctica de su misión de soberano y a dedicarse con inteligencia a los intereses de su imperio y de sus pueblos, pues aun cuando adoptó algunas medidas para poner un dique a las frecuentes invasiones de los normandos, al proceder así más lo hizo por consideraciones religiosas que por impulsos políticos o militares. Un punto hubo, sin embargo, en el cual no mejoró ni le enseñó nada la experiencia: a la influencia de Judith se debió indudablemente que el emperador volviera de nuevo inmediatamente a su plan de dotar a Carlos, a cuyo fin quiso aliarse de nuevo con Lotario, a pesar de todas las faltas por él cometidas, y erigirle en defensor de su hermanastro. Con incomprensible ceguera insistió nuevamente en el proyecto que había desencadenado contra él la primera tempestad seria, mientras que por otro lado se suscitaba un nuevo conflicto.

Ya en noviembre del año 834, y por instigación de los obispos asistentes a la dieta de Attigny, había ordenado el emperador Luis al rey Pepino que restituyera a la Iglesia todos los bienes de los cuales hubiera dispuesto para fines terrenales. Esta orden no dió resultado alguno; tampoco produjo ningún efecto en Pepino el documento que los obispos hicieron llegar a sus manos por conducto de los del Mans y de Paris. En vista de esto, en el sínodo celebrado en la primavera del año 835 en Aquisgran, se repitió solemnemente el mandato, robustecido con una porción de citas de la Biblia, y en su consecuencia Pepino devolvió a la legítima propietaria una parte de los bienes ocupados. Estas exigencias no eran muy a propósito para afirmar la adhesión de aquel rey al nuevo orden de cosas, sobre todo si se tiene en cuenta que los referidos despojos de bienes eclesiásticos se habían verificado quizás con ocasión de las empresas guerreras promovidas para entronizar de nuevo al padre, a quien habían destronado Lotario y los obispos. Además, el emperador Luis había reanudado sus negociaciones con Lotario, el cual para anunciar la visita personal que pronto pensaba hacer a su padre envió en mayo de 836 a Diedenhofen una embajada, a cuyo frente figuraba, y esto significaba mucho, Wala de Corbie. Este, después de tantas peripecias, volvía a ser el hombre de confianza del emperador; y como influyente mediador entre el padre y el hijo, estaba a punto de ejercer de nuevo poderoso influjo en la dirección del imperio, cuando le sorprendió la muerte. A su regreso a Italia sintióse atacado de unas fiebres inflamatorias que entonces asolaban aquel país y de las cuales falleció a fines del verano del año 836. También Lotario enfermó de ellas, teniendo, en su consecuencia, que renunciar a su viaje al otro lado de los Alpes. La muerte de Wala, que fué enterrado en Bobbio junto al sepulcro de San Columbano, y a quien sus partidarios quisieron envolver en una aureola de santidad como mártir de las persecuciones de la malvada emperatriz Judith, parece haber hecho fracasar la reconciliación de ambos emperadores. Por lo menos, negóse Lotario a restituir al libertador de Judith los feudos que le habían sido arrebatados, según solicitaba de él Ludovico como garantía de sus leales deseos de paz. Además de esto cometió, parte en provecho propio, parte en el de sus adictos, algunos despojos de bienes de la Iglesia, cuya protección tanto le había sido recomendada. Este incidente movió a Luis a seguir otro camino, y al mismo tiempo que invitó a Lotario a poner término a las violencias de sus vasallos que robaban a la Iglesia, anunció una visita a Italia con el pretexto de orar ante la tumba del Apóstol; pero los preparativos que al propio tiempo mandó hacer demostraban que no se trataba de una peregrinación sino de una expedición

militar encaminada a proteger a la Iglesia contra las agresiones de Lotario. Este contestó con enérgicas hostilidades, y cortando los pasos de los Alpes, impidió que el papa Gregorio IV se avistara con Ludovico. Lotario no se dejó alucinar por la profunda impresión que produjo la repentina muerte de un gran número de sus partidarios más importantes, aunque se calificó de acto de la justicia divina el hecho de morir de aquellas fiebres inflamatorias el conde Hugo, Manfred y otros.

Temores más apremiantes impidieron a Ludovico Pío llevar a cabo la expedición preparada para amparar a la Iglesia. Los normandos aprovecharon la creciente debilidad del imperio, aniquilado por luchas intestinas, para invadir periódicamente los territorios costaneros, de los cuales el que más sufrió fué la Frisia. La simple presencia del emperador bastó, sin embargo, para obligar al enemigo a emprender una rápida retirada. Después se ordenaron nuevas medidas militares, fortificaciones y construcciones de buques, y se tomaron otras disposiciones para que los frisios estuvieran prácticos en la defensa de las costas que les estaban confiadas. Una sublevación que estalló en Bretaña quedó muy pronto sofocada. Quizás el sentimiento de su dignidad, despertado por estas victorias, hizo que Ludovico Pío pensara entonces en poner de nuevo en planta los planes que tantas veces habían fracasado, en favor de su hijo Carlos. La influencia de Judith entró por mucho en este pensamiento; las filas de los partidarios de Lotario estaban diezmaradas por la peste, de manera que los imperialistas estaban libres de sus más temibles adversarios, lo cual hacía que en la corte del anciano emperador se tuviera gran confianza en el buen éxito de la nueva división.

A fines del año 837 reunió Luis en Aquisgran una asamblea imperial que decretó la división del imperio, la cual fué expresamente consentida por los reyes Luis de Baviera y Pepino de Aquitania allí presentes. En virtud de esta resolución, el joven Carlos recibió casi toda la Bélgica, los territorios comprendidos entre el Mosa y el Sena hasta la Borgoña, y además el territorio de Verdun y un gran número de ricos condados en los territorios del Marne, del Sena, del Aube y del Yonne, en la Champaña y las comarcas fronterizas de la Lorena, sobre todo lo cual se le concedieron derechos de plena soberanía. Los sacerdotes y magnates laicos que asistieron a la asamblea de Aquisgran y cuyos dominios radicaban en aquellos territorios, prestaron inmediatamente al nuevo rey el juramento de fidelidad. Con esta división no resultaban directamente perjudicados ni Luis de Baviera ni Pepino de Aquitania; pero la infracción arbitraria de lo previamente establecido podía ocasionar en cualquier tiempo la repetición en contra suya de otro arbitrario procedimiento. Si ambos guardaron silencio, fué porque cualquiera protesta que no pudiese ser apoyada por la fuerza de las armas habría podido ser altamente peligrosa para su libertad personal; cosa tanto más posible, cuanto que se iba acercando a pasos agigantados una transformación. Poderosos y encarnizados adversarios trabajaban en la corte del padre en contra de Luis de Baviera, encontrándose al frente de ellos el arzobispo Otgar de Maguncia y el conde Adalberto de Metz. Ignoramos los motivos que a ello les impulsaban. El arzobispo producía algunas quejas acerca de los bienes de la Iglesia y de la situación de estos bienes, y además deseaba adquirir influencia política; pero el conde Adalberto, hombre de cualidades excepcionales, ocupaba el primer puesto al lado del emperador Luis y su influjo llegó a ser tal que nadie se atrevía a contradecir sus consejos.

El rey Luis se vió, pues, muy amenazado: dada la situación en que estaban las cosas, su aliado natural era Lotario

Los dos hermanos tuvieron, en mayo de 838, una entrevista en la frontera de sus respectivos territorios, en el valle de Trento, conviniendo en que por de pronto nada podía hacerse contra la nueva división del imperio. Esta entrevista despertó la desconfianza en Aquisgran, donde se sospechó, no sin fundamento, que se meditaban nuevos planes de rebelión. El padre se aprestó para la defensa y llamó a Luis a la corte para que explicara su conducta. Luis se presentó declarando que en Trento no se había proyectado ninguna violación de los derechos del padre ni quebrantamiento alguno de la fidelidad que a este se debía. Con esto pudo partir libremente, pero el suceso había hecho variar de un modo desventajoso su posición, de lo cual supieron aprovecharse los adversarios que en la corte imperial tenía. Luis procuró conjurar la tempestad mostrándose sumiso, servicial y obediente; y cumpliendo el mandato recibido en Aquisgran, asistió, a fines de junio, a una asamblea imperial que se celebró en Nimega, a donde se había dirigido el emperador para poder rechazar las incursiones que en aquella época del año solían hacer los normandos. Allí se suscitaban entre el padre y el hijo desagradables discusiones que convirtieron en rompimiento la frialdad existente entre ambos y que pusieron al hijo, a cuya salvadora intercesión había debido el padre dos veces la reconquista del trono, en la penosa alternativa de escoger entre sufrir callando la ingratitud paterna o declararse en abierta rebelión. En efecto, a consecuencia de la controversia de Nimega, Ludovico Pío publicó un decreto despojando a Luis de Baviera de todas las comarcas de ambas orillas del Rin que había poseído desde el año 833 y cuya posesión sino debida a una cesión expresa del emperador, era por lo menos una recompensa por los servicios prestados. Para ello se apeló a una teoría sorprendente: díjose que Luis había usurpado aquellos territorios, que su gobierno en ellos nunca se había basado en el derecho, y que por lo tanto todas las disposiciones por él tomadas, todas las donaciones, concesiones y confirmaciones hechas por él eran nulas y sin valor alguno. De manera que no solo se arrebató a Luis de Baviera todo su poder, a pesar de no existir pruebas de culpabilidad, sino que se amenazó en sus posesiones a todos los que de sus manos las habían recibido. ¿Se esperaba quizás que Luis ofreciera resistencia y se quería con ello acabar de un solo golpe con todos sus adeptos? No le quedaba a Luis de Baviera otro recurso; así es que tuvo que aceptar la lucha que se le imponía; y de este modo se realizó lo que tanto se afanaba por conseguir el partido dominante en la corte, dirigido por Otgar de Maguncia y Adalberto de Metz, cuya connivencia con Judith puede admitirse aun sin necesidad de pruebas fehacientes. La resistencia armada de Luis de Baviera ponía a este fuera de todo derecho y por lo tanto podía procederse con entera libertad contra él. El anciano emperador apeló, para derrotarlo, al apoyo de Lotario, y reconciliándose con este, volvió a la política doméstica que siempre había proclamado Judith. El momento para ello parecía tanto más oportuno cuanto que Carlos, en pro del cual se habían encendido todos estos odios de familia sin que él hubiera podido todavía tomar parte en ellos, había llegado ya a su mayor edad. En setiembre del año 838 y en la asamblea imperial de Quierzy, su padre le ciñó la espada, en presencia de Pepino de Aquitania, y le coronó rey para que pudiera con entera independencia gobernar sus territorios. Estos, a pesar de la protesta que inmediatamente formuló la asamblea imperial, fueron considerablemente aumentados, pues Carlos, además de lo dicho, recibió el ducado del Maine, las comarcas costaneras comprendidas entre las desembocaduras del Sena y del Loira, y la soberanía de la Bretaña. El joven rey dirigióse apresuradamente hacia el Maine para recibir el

juramento de fidelidad y el anciano emperador se encaminó al Rin para posesionarse de los territorios francos orientales que habían sido arrebatados a Luis de Baviera, y para fijar su residencia en el nuevo palacio de Francfort, en señal del restablecimiento de su inmediata soberanía.

La proyectada inteligencia con Lotario fué precipitada por la muerte de Pepino de Aquitania, el cual falleció en diciembre del año 838, dejando dos hijos cuya temprana edad les incapacitaba para el gobierno. Inmediatamente, decidió la corte destinar estos territorios al hijo favorito. El emperador había perdido en Pepino al hijo que últimamente había estado en favor suyo. ¿Qué sucedería si Lotario y Luis de Baviera se unían para ir contra su padre y contra Carlos, y oponían común resistencia a las modificaciones territoriales introducidas? Esto era lo que había que evitar y para ello el único camino era reconciliarse con Lotario. Judith y sus partidarios abogaron por esta idea, teniendo en cuenta que las abatidas fuerzas del anciano emperador no hacían esperar que este viviera mucho tiempo, y que a su muerte, si antes no se reconciliaba con Lotario y no se conquistaba la protección de este para Carlos, se verían ellos en grave apuro y Carlos estaría expuesto a perder sus dominios, todo el imperio, a excepción de la Baviera, que conservaba Luis, sería repartido entre él y su hermanastro. Como era natural, Lotario aceptó: de una y de otra parte se prestaron los necesarios juramentos de seguridad y a fines de mayo Lotario, que había acudido a Worms, se arrojó de nuevo a los pies de su padre, delante de la asamblea imperial, confesóse culpable y pidió perdón, que le fué concedido a cambio de la promesa de que en lo sucesivo se abstendría de molestar a Carlos y de atentar a su reino. Al día siguiente, se procedió a la nueva división. En virtud del derecho germano, en un caso como el que entonces se ofrecía, la una parte debía hacer la división y la otra escoger la porción que más le agradara. El codicioso Lotario mostróse muy descontento de que su padre le hiciera dividir el imperio, a excepción de Baviera, en dos porciones de las cuales escogería Carlos la que más le conviniera. Después de tres días de cansarse inútilmente, manifestaron Lotario y los suyos que no conocían suficientemente la situación y las condiciones de las comarcas que habían de ser repartidas y confiaron la división al padre, reservándose Lotario el derecho de elegir. Quizás esto era lo que había querido la corte, y previendo lo que había de suceder, ya se tenía trazado el proyecto de división. Una línea formada primero por la corriente del Mosa y que luego continuaba por el Saona y el Ródano hasta el lago de Ginebra, dividió el imperio en dos partes casi iguales: la occidental comprendía todo el Oeste de Francia, entre el Loira, el Mosa y el mar, la mitad occidental de la Borgoña, la Aquitania, la Gascuña, la Septimania y la Provenza; la oriental abarcaba la Italia, la Borgoña oriental, la Currecia y toda la Alemania, a excepción de Baviera. Dada esta división, se quitaba a Lotario toda libertad de elegir, pues en manera alguna podía separarse de Italia; por esto optó por la porción oriental y declaró expresamente